

Introducción a la semana

La Palabra de Dios en esta semana pertenece a la lectura continua. En ella se nos ofrecen –primera lectura – textos del libro del Apocalipsis. Sabemos que es un libro escrito para confirmar en la fe y en la esperanza a comunidades cristianas en peligro. Son visiones alegóricas de no fácil comprensión. Los textos evangélicos vienen a ser los últimos episodios de Jesús camino de Jerusalén, en Jericó, las catequesis en las proximidades del fin de su viaje y ya en Jerusalén, en el templo. Impresiona el soliloquio de Jesús al observar la ciudad de Jerusalén poco antes de entrar en ella: Jesús llora lamentando que su ciudad le haya despreciado y anticipando las calamidades que caerían sobre ella.

Una santa que se recuerda en esta semana merece consideración especial: santa Isabel de Hungría, madre de familia que al enviudar se dedicó al servicio de los más pobres de los enfermos.

Lun Evangelio del día
17
Nov Trigesimo tercera semana del Tiempo Ordinario - Año Par
2014 Hoy celebramos: Santa Isabel de Hungría (17 de Noviembre)

“Recobra la vista, tu fe te ha curado”

Primera lectura

Comienzo del libro del Apocalipsis 1, 1-4; 2, 1-5a

Revelación de Jesucristo, que Dios le encargó mostrar a sus siervos acerca de lo que tiene que suceder pronto. La dio a conocer enviando su ángel a su siervo Juan, el cual fue testigo de la palabra de Dios y del testimonio de Jesucristo de todo cuanto vio. Bienaventurado el que lee, y los que escuchan las palabras de esta profecía, y guardan lo que en ella está escrito, porque el tiempo está cerca.

Juan a las siete iglesias de Asia:

«Gracia y paz a vosotros

de parte del que es, el que era y ha de venir;

de parte de los siete Espíritus que están ante su Trono».

Escuché al Señor que me decía:

Escribe al ángel de la Iglesia en Éfeso:

«Esto dice el que tiene las siete estrellas en su derecha, el que camina en medio de los siete candelabros de oro. Conozco tus obras, tu fatiga, tu perseverancia, que no puedes soportar a los malvados, y que has puesto a prueba a los que se llaman apóstoles, pero no lo son, y has descubierto que son mentirosos. Tienes perseverancia y has sufrido por mi nombre y no has desfallecido. Pero tengo contra ti que has abandonado tu amor primero. Acuérdate, pues, de dónde has caído, conviértete y haz las obras primeras».

Salmo de hoy

Sal 1, 1-2. 3. 4 y 6 R/. Al vencedor le daré a comer del árbol de la vida

Dichoso el hombre

que no sigue el consejo de los impíos,

ni entra por la senda de los pecadores,

ni se sienta en la reunión de los cínicos;

sino que su gozo es la ley del Señor,

y medita su ley día y noche. R/.

Será como un árbol,

plantado al borde de la acequia:

da fruto en su sazón

y no se marchitan sus hojas;

y cuanto emprende tiene buen fin. R/.

No así los impíos, no así;

serán paja que arrebatara el viento.

Porque el Señor protege el camino de los justos,

pero el camino de los impíos acaba mal. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 18, 35-43

Cuando se acercaba Jesús a Jericó, había un ciego sentado al borde del camino pidiendo limosna. Al oír que pasaba gente, preguntaba qué era aquello; y le informaron:

«Pasa Jesús el Nazareno».

Entonces empezó a gritar:

«¡Jesús, hijo de David, ten compasión de mí!».

Los que iban delante lo regañaban para que se callara, pero él gritaba más fuerte:

«Hijo de David, ten compasión de mí!».

Jesús se paró y mandó que se lo trajeran.

Cuando estuvo cerca, le preguntó:

«¿Qué quieres que haga por ti?».

Él dijo:

«Señor, que recobre la vista».

Jesús le dijo:

«Recobra la vista, tu fe te ha salvado».

Y enseguida recobró la vista y lo seguía, glorificando a Dios. Y todo el pueblo, al ver esto, alabó a Dios.

Reflexión del Evangelio de hoy

Conviértete y vuelve a proceder como antes

Más allá del género literario propio, el Apocalipsis se presenta como una profecía cuyas líneas traza el siervo de Jesús Mesías, y cuyo contenido desgranará trazo a trazo hasta completar una revelación que se ocupará de dar ánimos a las comunidades que no pasan por momentos de bonanza, sino todo lo contrario. Jesucristo es el testigo fiel que ha comunicado a los hombres el misterio del Dios que, por encima de todo, es amor. Este testigo singular encabeza la multitud de hermanos en la vida y en la gloria de Dios, hermanos que, como Él, supieron testificar la vida que nace de la Palabra. Y este testigo habla a las iglesias para valorar su momento y animarlas a acoger el mensaje del Espíritu, que es el que pone al día el evangelio entre nosotros. Respecto a la iglesia de Éfeso, y apuntado en su dictamen lo positivo y lo negativo de la misma, destaca el exhorto particular: recupera el amor primero, enmienda tu camino y vuélvete a tus buenos comienzos, cuando vivías de la fuerza del Señor.

Recobra la vista, tu fe te ha curado

Amén del déficit físico evidente, la ceguera apunta a situaciones de incomprensión y de distancia con Jesús de Nazaret, y no es de extrañar pues Jesús acaba de indicar a los suyos que subirá a Jerusalén a cumplir todo lo vaticinado por los profetas. Aviso que marca un momento crítico en los Doce que no entendieron nada de lo que les decía, pero que no detuvo el dinámico caminar del Maestro; prueba de ello es la especial sensibilidad que manifiesta Jesús con todos los que están en el arcén de la vida, a los que se acerca y acoge, bendice y anima, sana y convoca, como el mendigo ciego en los aldeaños de Jericó. Cierto que hay voces que reclaman al Maestro, como también las hay que pretenden callar la necesidad de los que sufren o poner sordina a la demanda de los que, en su carestía, molestan. En todo este conjunto de voces destaca el hecho de que Jesús detiene la escena, escucha el dolor del ciego, facilita el acercamiento y abre su corazón al que de una forma tan sencilla dice su dolor, el que pueda recobrar la vista y se opera el gesto luminoso no solo de volver a ver, sino también el de recobrar el camino y reanudar el itinerario de la confianza. Reconocer la cercanía de Jesús, ser hospitalarios con él, abrirle la puerta de nuestra casa nos hace personas capaces de Dios y exponentes de ternura: nuestra fe en Él nos salva; por eso estamos habilitados para seguir bendiciéndole en sus hijos.

Isabel de Hungría, esposa y madre, a su modo dedicó su entusiasmo creyente en incorporar al camino de la vida digna a los enfermos y menesterosos de su momento.



Fr. Jesús Duque O.P.
(1947-2019)

Santa Isabel de Hungría

*Duquesa, de la Tercera Orden Franciscana
Bratislava (Eslovaquia), 1207 - Marburgo (Alemania), 17-noviembre-1231*

Hija del rey Andrés II de Hungría y de Gertrudis de Merano, nació el 1207, en Bratislava. A los 14 años se desposó con Luis IV, Landgrave de Turingia, con quien tuvo tres hijos. Vivió de forma eminente los ideales evangélicos que promovían las recientemente fundadas órdenes mendicantes. Acogió a los primeros franciscanos en su llegada a Turingia (1225), y si no hay documentos de su pertenencia a la Orden Tercera, sí los hay de sus relaciones con los hijos de San Francisco y de su vida según los ideales evangélico-franciscanos. Su vida austera, de caridad y de renuncia, contrastó con el fasto de la corte. Se dedicó asiduamente a la oración y a las obras de caridad, sin que su marido se opusiera a ello. Muerto su esposo en la sexta Cruzada (1227), víctima de la epidemia, antes de llegar a Tierra Santa, parece que las dificultades con sus cuñados la obligaron a dejar la corte de Wartburg, dirigiéndose a Marburgo, donde, sin hacer caso a los ruegos de su familia para que regresara a Hungría, a la corte de sus padres, abrazó voluntariamente la pobreza, y fundó un hospital, dedicado a San Francisco, en el que servía personalmente a los enfermos más desgraciados. Murió en Marburgo el 17 de noviembre de 1231 a los 24 años de edad.

Su tumba se convirtió pronto en meta de peregrinaciones y lugar de milagrosas curaciones. Conrado de Marburgo, principal predicador de las cruzadas en Alemania, en su lucha contra los valdenses propuso el ejemplo de Isabel como modelo de la nueva espiritualidad, resultando de este modo ser el principal promotor de su causa de canonización (1235); escribió, además, como director espiritual suyo la primera biografía de la futura santa, en la que nos ha dejado estos datos y rasgos de su personalidad: «Pronto comenzó a destacar por sus virtudes, consolando y remediando a los hambrientos. Mandó construir un hospital y acogió en él gran cantidad de enfermos e inválidos...; llegó a agotar todas las renegas provenientes de los cuatro principados de su marido, ... se vio obligada a vender a favor de los pobres todas las joyas y vestidos lujosos... Por la mañana y por la tarde visitaba a todos sus enfermos y curaba a los más repugnantes... Su esposo no veía mal estas cosas. Muerto su esposo, quiso mendigar de puerta en puerta... Un Viernes Santo hizo renuncia de todas sus cosas... Fue a Marburgo, hizo edificar un hospital, en el que dio acogida a enfermos e inválidos, sentando a su mesa a los más míseros y despreciados... A esta gran actividad unió el don de la contemplación, de modo que, cuando volvía de la intimidad de la oración, su rostro resplandecía de un modo admirable y de sus ojos salían como unos rayos de sol... Recibidos los santos sacramentos, expiró como quien se duerme plácidamente.

Su culto fue promovido por numerosos monarcas y dinastías principescas de Europa. Se la considera como esposa devota, dotada de carismas espirituales que empleó a favor de pobres, enfermos y necesitados; como viuda ejemplar, que se desprende de todos sus haberes para darlos a los pobres. Muchos escritores de renombre se han ocupado de la vida de Santa Isabel.

Luis Pérez Simón, O.F.M.

Mar

18

Nov

2014

Evangelio del día

Trigésimo tercera semana del Tiempo Ordinario - Año Par

“La historia está llegando a su cumbre”

Primera lectura

Lectura del libro del Apocalipsis 3, 1-6. 14-22

Yo, Juan, escuché al Señor que me decía:

«Escribe al ángel de la Iglesia en Sardes:

“Esto dice el que tiene los siete Espíritus de Dios y las siete estrellas. Conozco tus obras, tienes nombre como de quien vive, pero estás muerto. Sé vigilante y reanima lo que te queda y que estaba a punto de morir, pues no he encontrado tus obras perfectas delante de mi Dios. Acuérdate de cómo has recibido y escuchado mi palabra, y guárdala y conviértete. Si no vigilas, vendré como ladrón y no sabrás a qué hora vendré sobre ti. Pero tienes en Sardes unas cuantas personas que no han manchado sus vestiduras, y pasearán conmigo en blancas vestiduras, porque son dignos.

El vencedor será vestido de blancas vestiduras, no borrará su nombre del libro de la vida y confesaré su nombre delante de mi Padre y delante de sus ángeles. El que tenga oídos, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias”.

Escribe al ángel de la Iglesia en Laodicea:

“Esto dice el Amén, el testigo fiel y veraz, el principio de la creación de Dios. Conozco tus obras: no eres ni frío ni caliente. ¡Ojalá fueras frío o caliente! Pero porque eres tibio, ni frío ni caliente, estoy a punto de vomitarte de mi boca. Porque dices: ‘Yo soy rico, me he enriquecido, y no tengo necesidad de nada’; y no sabes que tú eres desgraciado, digno de lástima, pobre, ciego y desnudo. Te aconsejo que me compres oro acrisolado al fuego para que te enriquezcas; y vestiduras blancas para que te vistas y no aparezca la vergüenza de tu desnudez; y colirio para untarte los ojos a fin de que veas. Yo, a cuantos amo, reprendo y corrijo; ten, pues, celo y conviértete. Mira, estoy de pie a la puerta y llamo. Si alguien escucha mi voz y abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo.

Al vencedor le concederé sentarse conmigo en mi trono, como yo he vencido y me he sentado con mi Padre en su trono.

El que tenga oídos, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias».

Salmo de hoy

Sal 14, 2-3a. 3bc-4ab. 5 R/. Al vencedor le concederé sentarse conmigo en mi trono

El que procede honradamente
y practica la justicia,
el que tiene intenciones leales
y no calumnia con su lengua. R/.

El que no hace mal a su prójimo
ni difama al vecino.
El que considera despreciable al impío
y honra a los que temen al Señor. R/.

El que no presta dinero a usura
ni acepta soborno contra el inocente.
El que así obra nunca fallará. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 19, 1-10

En aquel tiempo, Jesús entró en Jericó e iba atravesando la ciudad.

En esto, un hombre llamado Zaqueo, jefe de publicanos y rico, trataba de ver quién era Jesús, pero no lo lograba a causa del gentío, porque era pequeño de estatura. Corriendo más adelante, se subió a un sicomoro para verlo, porque tenía que pasar por allí.

Jesús, al llegar a aquel sitio, levantó los ojos y le dijo:

«Zaqueo, date prisa y baja, porque es necesario que hoy me quede en tu casa».

Él se dio prisa en bajar y lo recibió muy contento.

Al ver esto, todos murmuraban diciendo:

«Ha entrado a hospedarse en casa de un pecador».

Pero Zaqueo, de pie, dijo al Señor:

«Mira, Señor, la mitad de mis bienes se la doy a los pobres; y si he defraudado a alguno, le restituí cuatro veces más».

Jesús le dijo:

«Hoy ha sido la salvación de esta casa, pues también este es hijo de Abrahán. Porque el Hijo del hombre ha venido a buscar y a salvar lo que estaba perdido».

Reflexión del Evangelio de hoy

«El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las Iglesias»

Leemos hoy los mensajes a las Iglesias de Sardes y Laodicea, saltando el mensaje a la de Filadelfia, una Iglesia, la única, sin mancha.

El mensaje a Sardes es dramático. Se dirige a una Iglesia que parece viva, pero está muerta a los ojos de Dios que la invita al arrepentimiento y la vigilancia. Han escuchado mensajes similares Éfeso, Esmirna, Pérgamo y Tiatira.

Y llega el mensaje a Laodicea. Es seguramente el más dramático y amenazador: «Porque no eres frío ni caliente, te vomitaré». Recibe, al igual que las otras cinco Iglesias, una invitación clara al arrepentimiento porque «mira que estoy a la puerta y llamo y si alguien me abre entraré y cenaré con él».

Creemos vivir en estos tiempos situaciones nuevas y originales. Gran error: las situaciones que vivimos hoy se han ido dando en ciclos repetidos a lo largo de los XXI siglos del discurrir de la Iglesia. Ciertamente la Iglesia es santa. Cristo, la piedra angular sobre la que se funda, es la fuente de la que mana la santidad que impregna todo y a todos, pero nuestra propia finitud, nuestra condición de creados, hace aparecer en el santo edificio, manchas, imperfecciones que constantemente debemos estar limpiando. Es el arrepentimiento y el cambio que los Ángeles de las Iglesias, nos exigen para poder llegar limpios y puros a la meta.

«Hoy voy a hospedarme en tu casa»

Parece un rasgo de humor de Jesús: está rodeado de gente importante: fariseos, saduceos, doctores de la Ley están deseando relacionarse con él; todos le buscan y él los deja de lado para dirigirse a lo más pequeño, lo más despreciable que va a encontrar en el camino.

Zaqueo, hombre de baja estatura, quiere ver a Jesús. Sabe que de él puede esperar algo, no sabe qué, pero espera.

Se sabe un hombre pecador, recaudador de contribuciones del imperio, maldito para el pueblo y, presumiblemente, maldito para Jesús. No se atreve a acercarse y llega a ponerse en ridículo subiéndose a un árbol, como un muchacho cualquiera, empujado por el Espíritu, motor de toda acción y, allí, seguramente entre las risas de los acompañantes, Jesús deja de ver las filacterias, los mantos, la parafernalia que adorna a los «puros» de la comitiva, se acerca al impuro y se auto-invita a su casa, con el escándalo que aquello provocó en el resto del acompañamiento.

Una lección más que dio a los «santos» de Jericó y que dos mil años después nos da a nosotros. Algunos nos creemos «gente de iglesia», sabios en la ley que buscamos la perfección despreciando a los «impuros» que nosotros mismos hemos marcado como tales. Hoy escuchamos como Jesús, al que decimos seguir, aparta la vista de nosotros, de nuestras devociones, de nuestro cumplimiento, para invitarse a pasar la jornada en casa de los que nosotros despreciamos.

Y eso nos escandaliza: tenemos la casa barrida y limpia, tenemos succulentos manjares al fuego, nuestros sirvientes están listos para recibir con

honor al que llega. Y él deja a un lado lo bueno que le ofrecemos y se va con un pecador, ladrón y defraudador. No tiene ningún sentido. ¡Jesús ha enloquecido!

Ahí está, creo, una de las lecciones que hoy nos deja la Palabra: dejemos de creer que somos impecables y perfectos. No lo somos; pero mientras no reconozcamos nuestras imperfecciones, no podremos ponernos en camino para limpiarlas. Para encender una vela es necesario que esté apagada. Para que pueda llegar la gracia es imprescindible que notemos su falta y, humildemente, sabiéndonos indignos de ella, miremos a Jesús con la esperanza de que se detenga y se invite a nuestra casa y podamos, también, decir: hoy ha llegado la salud a esta casa.



D. Félix García O.P.
Fraternidad de Laicos Dominicanos de Viveiro (Lugo)

Mié

19
Nov

2014

Evangelio del día

Trigésimo tercera semana del Tiempo Ordinario - Año Par

“Negociad, mientras vuelvo”

Primera lectura

Lectura del libro del Apocalipsis 4, 1-11

YO, Juan, miré y vi una puerta abierta en el cielo; y aquella primera voz, como de trompeta, que oí hablando conmigo, decía:

«Sube aquí y te mostraré lo que tiene que suceder después de esto».

Enseguida fui arrebatado en espíritu. Vi un trono puesto en el cielo, y sobre el trono uno sentado. El que estaba sentado en el trono era de aspecto semejante a una piedra de diamante y cornalina, y había un arco iris alrededor del trono de aspecto semejante a una esmeralda.

Y alrededor del trono había otros veinticuatro tronos, y sobre los tronos veinticuatro ancianos sentados, vestidos con vestiduras blancas y con coronas de oro sobre sus cabezas. Y del trono salen relámpagos, voces y truenos; y siete lámparas de fuego están ardiendo delante del trono, que son los siete espíritus de Dios, y delante del trono como un mar transparente, semejante al cristal.

Y en medio del trono y a su alrededor, había cuatro vivientes, llenos de ojos por delante y por detrás. El primer viviente era semejante a un león, el segundo a un toro, el tercero tenía cara como de hombre, y el cuarto viviente era semejante a un águila en vuelo. Los cuatro vivientes, cada uno con seis alas, estaban llenos de ojos por fuera y por dentro. Día y noche cantan sin pausa:

«Santo, Santo, Santo es el Señor Dios, el todopoderoso; el que era y es y ha de venir».

Cada vez que los vivientes dan gloria y honor y acción de gracias al que está sentado en el trono, al que vive por los siglos de los siglos, los veinticuatro ancianos se postran ante el que está sentado en el trono, adoran al que vive por los siglos de los siglos y arrojan sus coronas ante el trono diciendo:

«Eres digno, Señor, Dios nuestro, de recibir la gloria, el honor y el poder, porque tú has creado el universo; porque por tu voluntad lo que no existía fue creado».

Salmo de hoy

Sal 150, 1b-2. 3-4. 5-6a R/. Santo, Santo, Santo es el Señor Dios, el todopoderoso.

Alabad al Señor en su templo,
alabadlo en su fuerte firmamento.
alabadlo por su inmensa grandeza. R/.

Alabadlo tocando trompetas,
alabadlo con arpas y cítaras;
alabadlo con tambores y danzas,
alabadlo con trompas y flautas. R/.

Alabadlo con platillos sonoros,
alabadlo con platillos vibrantes.
Todo ser que alienta alabe al Señor. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo Evangelio según san Lucas 19, 11-28

EN aquel tiempo, Jesús dijo una parábola, porque estaba él cerca de Jerusalén y pensaban que el reino de Dios iba a manifestarse enseguida. Dijo, pues:

«Un hombre noble se marchó a un país lejano para conseguirse el título de rey, y volver después.

Llamó a diez siervos suyos y les repartió diez minas de oro, diciéndoles:

“Negociad mientras vuelvo”.

Pero sus conciudadanos lo aborrecían y enviaron tras de él una embajada diciendo:

“No queremos que este llegue a reinar sobre nosotros”.

Cuando regresó de conseguir el título real, mandó llamar a su presencia a los siervos a quienes había dado el dinero, para enterarse de lo que había ganado cada uno.

El primero se presentó y dijo:

“Señor, tu mina ha producido diez”.

Él le dijo:

“Muy bien, siervo bueno; ya que has sido fiel en lo pequeño, recibe el gobierno de diez ciudades”.

El segundo llegó y dijo:

“Tu mina, señor, ha rendido cinco”.

A ese le dijo también:

“Pues toma tú el mando de cinco ciudades”.

El otro llegó y dijo:

“Señor, aquí está tu mina; la he tenido guardada en un pañuelo, porque tenía miedo, pues eres un hombre exigente que retiras lo que no has depositado y siegas lo que no has sembrado”.

Él le dijo:

“Por tu boca te juzgo, siervo malo. ¿Conque sabías que soy exigente, que retiro lo que no he depositado y siego lo que no he sembrado? Pues ¿por qué no pusiste mi dinero en el banco? Al volver yo, lo habría cobrado con los intereses”.

Entonces dijo a los presentes:

“Quitadle a este la mina y dádsela al que tiene diez minas”.

Le dijeron:

“Señor, ya tiene diez minas”.

Os digo: “Al que tiene se le dará, pero al que no tiene se le quitará hasta lo que tiene. Y en cuanto a esos enemigos míos, que no querían que llegase a reinar sobre ellos, traedlos acá y degolladlos en mi presencia”».

Dicho esto, caminaba delante de ellos, subiendo hacia Jerusalén.

Reflexión del Evangelio de hoy

“Santo es el Señor, soberano de todo”

La lectura del Apocalipsis nos presenta una visión simbólica, nos sitúa ante un cuadro cargado de imágenes que quieren mostrarnos algo oculto, un misterio escondido: la revelación del misterio de la historia, su sentido último, la profecía de lo que va a suceder.

A medida que vamos entrando en el relato, somos conducidos a mirar hacia arriba, hacia lo alto, hacia el ámbito divino. Un trono y un rey ocupan el centro del espacio. La luz, símbolo de la vida, y el esplendor lo rodean.

Es desde este espacio central que hay que contemplar la historia: Mirarla desde la centralidad de Cristo, Señor de la Vida. A través de Él Dios ha hecho una alianza de paz para siempre con la humanidad; alianza simbolizada por el arco iris. Nada del mundo, de la creación quedan fuera de su poder, nada constituye una amenaza definitiva para el hombre porque todo está bajo el dominio de Dios, por cuya voluntad todo ha sido y sigue siendo creado.

Esta mirada hacia lo alto no significa olvidar el mundo, la historia; no quiere decir que Dios esté alejado. Al contrario, porque Él es “El que era y es y viene”; y precisamente ese ser se revela en su acción a favor del hombre, una acción creadora y salvadora, que está en el origen del Universo y en su final, como meta.

Por eso todo el movimiento del relato nos lleva a la alabanza, al reconocimiento de la santidad y majestad de aquel que está sentado en el trono, ante quien todos los que le rodean se postran.

Frente a toda arrogancia humana que se nos pueda colar, somos invitados también nosotros a saber postrarnos ante el único que es Señor de la Vida y de la Historia.

“Les repartió diez onzas de oro”

El contexto de la parábola que nos trae hoy el Evangelio de Lucas es el camino de Jesús hacia Jerusalén. Parece que algunos de los que lo seguían tenían unas expectativas un poco triunfalistas sobre la llegada del Reino. Caminar hacia Jerusalén significaba caminar hacia la manifestación plena de esa Reino, lo que sucedería de manera inminente allí.

Sin embargo, Jesús, a través de esta parábola, resitúa y corrige estas expectativas mesiánicas: La imagen de un hombre noble que “marchó a un país lejano para conseguir el título de rey, y volvió después” alude más bien a que él mismo “tendrá que marcharse”, y sólo después, cuando vuelva, tendrá lugar el juicio, su manifestación plena y definitiva. Jerusalén no será para Jesús el lugar de recibir ningún título sino el lugar del rechazo, el desprecio y la cruz. Tampoco él buscó honores, no iba por ahí su mensaje, ni su vida, tan alejada de cualquier pretensión de poder.

Desde esta perspectiva el texto nos remite al hoy, a “ese tiempo intermedio” que es el que a nosotros nos toca: el de la espera responsable y activa, el de “negociar” con los dones recibidos mientras él vuelve; Nos invita a vivir entregados al presente conscientes de que:

- el tesoro que llevamos no es nuestro, sino que nos ha sido dado por pura gratuidad.
- No se nos pide que rindamos todos lo mismo, ni que demos los mismos frutos: no se valora en la parábola la cantidad de lo producido sino el haberse arriesgado a poner en juego “la onza” que nos ha sido confiada.
- El miedo es la parálisis del crecimiento; nos empequeñece, nos anula. Por eso es tan importante trabajarnos personalmente y cultivar la confianza.
- En ese “negociar” se va haciendo realidad ya el Reino que esperamos.



Jue
20 Evangelio del día
Nov
2014 Trigésimo tercera semana del Tiempo Ordinario - Año Par

“¡Si comprendieras lo que conduce a la paz!”

Primera lectura

Lectura del libro del Apocalipsis 5,1-10:

Yo, Juan, vi en la mano derecha del que está sentado en el trono un libro escrito por dentro y por fuera, y sellado con siete sellos. Y vi a un ángel poderoso, que pregonaba en alta voz:

«¿Quién es digno de abrir el libro y desatar sus sellos?».

Y nadie, ni en el cielo ni en la tierra ni debajo de la tierra, podía abrir el libro ni mirarlo. Yo lloraba mucho, porque no se había encontrado a nadie digno de abrir el libro y de mirarlo. Pero uno de los ancianos me dijo:

«Deja de llorar; pues ha vencido el león de la tribu de Judá, el retoño de David, y es capaz de abrir el libro y sus siete sellos».

Y vi en medio del trono y de los cuatro vivientes, y en medio de los ancianos, a un Cordero de pie, como degollado; tenía siete cuernos y siete ojos, que son los siete espíritus de Dios enviados a toda la tierra. Se acercó para recibir el libro de la mano derecha del que está sentado en el trono.

Cuando recibió el libro, los cuatro vivientes y los veinticuatro ancianos se postraron ante el Cordero; tenían cítaras y copas de oro llenas de perfume, que son las oraciones de los santos. Y cantan un cántico nuevo:

«Eres digno de recibir el libro
y de abrir sus sellos,
porque fuiste degollado, y con tu sangre
has adquirido para Dios
hombres de toda tribu,
lengua, pueblo y nación;
y has hecho de ellos para nuestro Dios
un reino de sacerdotes,
y reinarán sobre la tierra».

Salmo de hoy

Sal 149, 1bc-2. 3-4. 5-6a y 9b (R/: cf. Ap 5, 10) R/. Has hecho de nosotros para nuestro Dios un reino de sacerdotes.

Cantad al Señor un cántico nuevo,
resuene su alabanza en la asamblea de los fieles;
que se alegre Israel por su Creador,
los hijos de Sión por su Rey. R/.

Alabad su nombre con danzas,
cantadle con tambores y cítaras;
porque el Señor ama a su pueblo
y adorna con la victoria a los humildes. R/.

Que los fieles festejen su gloria
y canten jubilosos en filas:
con vítores a Dios en la boca;
es un honor para todos sus fieles. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo Evangelio según san Lucas 19,41-44

En aquel tiempo, al acercarse Jesús a Jerusalén y ver la ciudad, lloró sobre ella, mientras decía:

«¡Si reconocieras tú también en este día lo que conduce a la paz! Pero ahora está escondido a tus ojos.

Pues vendrán días sobre ti en que tus enemigos te rodearán de trincheras, te sitiarán, apretarán el cerco de todos lados, te arrasarán con tus hijos dentro, y no dejarán piedra sobre piedra. Porque no reconociste el tiempo de tu visita».

Reflexión del Evangelio de hoy

“Vi un Cordero en pie con señales de haber sido degollado”

El capítulo 5 del Apocalipsis, del que se ha tomado la lectura de hoy, forma parte de las visiones proféticas, visiones llenas de simbolismo, grandiosas y sencillas al mismo tiempo. Constituyen el preludio del “Gran día” en el que la ira de Dios caerá sobre los paganos perseguidores.

Juan nos presenta a un Cordero degollado pero en pie. Es Cristo que ha sido inmolado por la salvación del pueblo elegido. Lleva la huellas del suplicio, pero está en pie, triunfante, vencedor de la muerte y por eso asociado a Dios como dueño de toda la humanidad.

Dios ha entregado al Cordero los destinos del mundo. El Cordero es el único digno de abrir el libro, romper sus sellos y leer su contenido. Toda la vida del hombre y el acontecer del mundo están envueltos en un gran misterio, son como ese libro cerrado con siete sellos.

Necesitamos que venga Cristo y dé sentido a nuestra vida, porque sin Él fácilmente podemos caer en la desesperación ante lo que se escapa a la razón humana.

Necesitamos que la luz de Cristo ilumine nuestro interior, hasta los rincones más profundos, para que se abran nuestros ojos y seamos introducidos en el gran misterio de salvación al que hemos sido llamados por el bautismo. Somos un pueblo sacerdotal, todos participamos del sacerdocio universal de Cristo porque hemos sido lavados con la sangre del Cordero y revestidos con sus vestiduras blancas el día de nuestro bautismo.

Estamos llamados a servir a Dios y a reinar sobre la tierra, o sea, a no dejarnos esclavizar por las cosas terrenas, sino que Cristo sea el centro y motor de nuestra vida. Sólo así, podremos, llenos de alegría, entonar el cántico nuevo al que se refiere la Escritura.

¡Si comprendieras lo que conduce a la paz!

Muy pocas veces nos dice la Escritura que Jesús llorara. Sus lágrimas nos muestran a un Jesús humano, capaz de compadecerse de la debilidad del hombre, hasta llorar al verlo sumido en el error.

Jerusalén, la ciudad que tanto amó Jesús y que lo había aclamado momentos antes como el que viene en nombre del Señor, había sido testigo de muchos milagros, sin embargo, la dureza de su corazón le impidió reconocerlo como Mesías, portador de la paz verdadera. La paz, es el don mesiánico por excelencia, pero como todo don lleva implícito una tarea, hay que abrirse a ella y acogerla. Y el pueblo de Jerusalén no es un pueblo bien dispuesto, por eso Jesús llora, porque ve que se acerca su destrucción.

Esta escena no nos es lejana, ni extraña, no es difícil encontrar personas que se cierran a la gracia, y andan por la vida dando palos de ciego, sin acertar con el camino. Ante ello debemos sentir la urgencia de ayudarlos a que se acerquen al Señor y puedan gozar de su paz.

También nosotros, los cristianos, tenemos que estar alerta para vivir una vida digna de nuestro nombre. Podemos aclamar al Señor con la boca y no hacerle la ofrenda de nuestra voluntad, si decimos que Él es el Señor tenemos que dejarle que lo sea. Nuestra vida está en sus manos y fuera del camino que Él ha trazado no hay vida verdadera. Si nos abrimos a su gracia podremos descubrir en todo momento su presencia, porque el Señor viene en cada hombre y en cada acontecimiento, y viene con su paz.



MM. Dominicas
Monasterio de Santa Ana (Murcia)

Vie
21
Nov
2014

Evangelio del día

Trigésimo tercera semana del Tiempo Ordinario - Año Par

Hoy celebramos: Presentación de la Santísima Virgen (21 de Noviembre)

“Dichosa tú que has creído ”

Primera lectura

Lectura del libro del Apocalipsis 10, 8-11

Yo, Juan, escuché la voz del cielo que se puso a hablarme de nuevo diciendo:

«Ve a tomar el librito abierto de la mano del ángel que está de pie sobre el mar y la tierra».

Me acerqué al ángel y le pedí que me diera el librito. Él me dice:

«Toma y devóralo; te amargará en el vientre, pero en tu boca será dulce como la miel».

Tomé el librito de mano del ángel y lo devoré; en mi boca sabía dulce como la miel, pero, cuando lo comí, mi vientre se llenó de amargor.

Y me dicen:

«Es preciso que profetices de nuevo sobre muchos pueblos, naciones, lenguas y reinos».

Salmo de hoy

Sal 118, 14. 24. 72. 103. 111. 131 R/. ¡Qué dulce al paladar tu promesa, Señor!

Mi alegría es el camino de tus preceptos,
más que todas las riquezas. R/.

Tus preceptos son mi delicia,
tus enseñanzas son mis consejeros. R/.

Más estimo yo la ley de tu boca
que miles de monedas de oro y plata. R/.

¡Qué dulce al paladar tu promesa:
más que miel en la boca! R/.

Tus preceptos son mi herencia perpetua,
la alegría de mi corazón. R/.

Abro la boca y respiro,
ansiando tus mandamientos. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 19, 45-48

En aquel tiempo, Jesús entró en el templo y se puso a echar a los vendedores, diciéndoles:
«Escrito está: “Mi casa será casa de oración”; pero vosotros la habéis hecho una “cueva de bandidos”».

Todos los días enseñaba en el templo.

Por su parte, los sumos sacerdotes, los escribas y los principales del pueblo buscaban acabar con él, pero no sabían qué hacer, porque todo el pueblo estaba pendiente de él, escuchándolo.

Reflexión del Evangelio de hoy

Hoy unimos la Palabra a la Tradición, a la celebración y a la devoción. La Presentación de la Santísima Virgen, de la Niña María en el Templo, no la podemos basar en el Evangelio o en la Sagrada Escritura. Sin embargo, sí podemos encontrar muchos detalles de este hecho en escritos apócrifos.

Por otra parte, ante un niño, ante la niña María, la mejor postura es la ingenuidad, una sencillez similar a la de la misma niña, y recordar algún detalle sobre ella que nos lleve a lo que sí conocemos en el Evangelio.

Leyenda y origen de la fiesta

El origen de la fiesta se encuentra en la piadosa tradición narrada en el “Protoevangelio de Santiago”. María, según esta tradición, había nacido milagrosamente. La niña acompañó a su madre en su purificación en el Templo. Y, más tarde, a los tres años, volvió con otras niñas para quedarse allí por algún tiempo, con el fin de ser instruida en la religión y en sus deberes para con Dios.

Históricamente, la fiesta de la Presentación de María comenzó a celebrarse en la Iglesia Oriental, siempre más sensible que Occidente hacia algunos detalles marianos. Parece que comenzó en la Iglesia de Santa María la Nueva de Jerusalén, en el siglo VI. Se sabe que, más tarde, se celebraba con gran esplendor, el 21 de noviembre. El Papa Sixto V, en el siglo XVI ordenó que se celebrase su fiesta en toda la Iglesia.

La niña, sin dejar de serlo, se hizo adulta

María conservó siempre los rasgos que caracterizan a los niños, sobre todo la confianza en su Padre Dios sin fisura alguna a lo largo de su vida. Escojo sólo dos detalles, acordes con la niña que siempre fue y con la madurez que también a ella le proporcionaron los años.

“Aquí está la esclava del Señor”. Es normal que la imaginación nos lleve de inmediato al esplendor del cuadro de la Anunciación del Beato Angélico. Pero, lo cierto es que tuvo que suceder en alguna de las grutas del pueblo de Nazaret, sin tanto esplendor pero con más humanidad y divinidad. Porque allí Dios, representado en el ángel, quiso encontrarse con el hombre, representado en María. El “protocolo”, parecido al de otras anunciaciones. En el centro, girando todo en torno al Hijo, el Mesías, el Señor. Y, a su lado, su Madre, llamada “Virgen”, María, tomando la decisión más transcendental de la historia de la humanidad, con una madurez más propia de una anciana que de la joven, tirando a niña, y pronunciando las palabras esperadas por todos: “De acuerdo. Aquí está la esclava del Señor”.

“Dichosa tú que has creído”. La niña María fue al Templo a ofrecerse a Dios. Y poco a poco fue percatándose de que Dios aceptaba su ofrecimiento; y dejó de pertenecerse a sí misma para ser pertenencia de Dios. De Dios y de quien pudiera necesitarla, como su prima que se encontraba en un trance biológico parecido al suyo. Y sin dejar de bendecir a Dios, se convierte en peregrina en servicio de los otros hijos de Dios, sus hermanos. Y fue en casa de Zacarías, donde Isabel le dijo: “Dichosa tú que has creído”, que te has fiado, que has confiado en Dios. Y la siempre Niña María optó y apostó por su Padre Dios, que, a su vez, había apostado por ella. Y, fruto de aquella apuesta, salimos ganando todos. Que nuestra petición y oración hoy sea que María, niña y adulta, nos salude como saludó a Isabel; y que, al hacerlo, nos entregue el Espíritu y sus dones. “En cuanto Isabel oyó el saludo de María –cuyas palabras ignoramos- se llenó del Espíritu Santo”.



(1938-2018)

Presentación de la Santísima Virgen

Fiesta de origen oriental

Se inicia la víspera (20 de noviembre) y se prolonga hasta el 25 o día de la clausura solemne. Es una de las doce fiestas principales del año litúrgico oriental. El oficio es muy interesante, es una fuente de tradición litúrgica, de tradición espiritual, una invitación a dejar presentar este misterio en la vida cristiana, a acercarse a festejarlo con mucha alegría, «portando con las vírgenes nuestras lámparas encendidas». Esta celebración pasó al calendario romano en 1585.

Una tradición muy antigua cuenta que, cuando la Virgen María era muy niña, sus padres, San Joaquín y Santa Ana, la llevaron al templo de Jerusalén y allá la dejaron por un tiempo, junto con otro grupo de niñas, para ser instruida muy cuidadosamente respecto a la religión y a todos los deberes para con Dios.

Es en los evangelios apócrifos donde se encuentra el relato de la Presentación de María al templo. El llamado Protoevangelio de Santiago es el más antiguo y en él se encuentra el siguiente texto: «María no tenía sino un año; Joaquín dijo a su fiel compañera: conduzcámosla al Templo para cumplir el voto que hemos hecho al Señor. Ana le respondió: esperemos mas bien que ella cumpla sus tres años, cuando no tenga tanta necesidad de su padre ni de los cuidados de su madre... Está bien, dijo Joaquín..., llegó el momento solemne. Ana y Joaquín reunieron a las jóvenes de su tribu y se dirigieron hacia el templo del Señor. No llevaban ni cordero ni paloma, pero iban a ofrecer a aquella que debía concebir al Cordero de Dios para la Redención del mundo, la mística paloma de los jardines del cielo. Cuando los peregrinos llegaron al umbral del pórtico, la Virgen pequeña, subió sola las gradas, con paso firme y seguro».

Los autores de la vida espiritual encuentran aquí tres méritos: hay de parte de María el mérito de la diligencia apremiante, puesto que presurosamente viene a ofrecerse a Dios. El de la generosidad completa, porque María va a inmolarse al templo, deja a su padre y a su madre. Y el tercer mérito es el de una fidelidad inviolable, María sube de virtud en virtud.

Así en la larga historia de la vida religiosa y en centenares de Congregaciones, María tiene una caracterización espiritual dominante. Son varias las que quieren imitar a María a partir de su Presentación en el Templo del Señor.

Gemma Morató, O.P.

Sáb 22 Nov 2014
Evangelio del día
Trigésimo tercera semana del Tiempo Ordinario - Año Par
Hoy celebramos: Santa Cecilia (22 de Noviembre)

“No es Dios de muertos, sino de vivos ”

Primera lectura

Lectura del libro del Apocalipsis 11, 4-12

Me fue dicho a mí, Juan:

«Aquí están dos testigos míos, estos son los dos olivos y los dos candelabros que están ante el Señor de la tierra. Y si alguien quiere hacerles daño, sale un fuego de su boca y devora a sus enemigos; y si alguien quisiera hacerles daño, es necesario que muera de esa manera. Estos tienen el poder de cerrar el cielo, para que no caiga lluvia durante los días de su profecía, y tienen poder sobre las aguas para convertirlas en sangre y para herir la tierra con toda clase de plagas siempre que quieran.

Y cuando hayan terminado su testimonio, la bestia que sube del abismo les hará la guerra y los vencerá y los matará. Y sus cadáveres yacerán en la plaza de la gran ciudad, que se llama espiritualmente Sodoma y Egipto, donde también su Señor fue crucificado. Y gentes de los pueblos, tribus, lenguas y naciones contemplan sus cadáveres durante tres días y medio y no permiten que sus cadáveres sean puestos en un sepulcro. Y los habitantes de la tierra se alegran por ellos y se regocijan y se enviarán regalos unos a otros, porque los dos profetas fueron un tormento para los habitantes de la tierra».

Y después de tres días y medio, un espíritu de vida procedente de Dios entró en ellos, y se pusieron de pie, y un gran temor cayó sobre quienes los contemplaban. Y oyeron una gran voz del cielo, que les decía:

«Subid aquí».

Y subieron al cielo en una nube, y sus enemigos se quedaron mirándolos.

Salmo de hoy

Sal 143, 1bcd. 2. 9-10 R/. ¡Bendito el Señor, mi alcázar!

Bendito el Señor, mi Roca,

que adiestra mis manos para el combate,
mis dedos para la pelea. R/.

Mi bienhechor, mi alcázar,
baluarte donde me pongo a salvo,
mi escudo y refugio,
que me somete los pueblos. R/.

Dios mío, te cantaré un cántico nuevo,
tocaré para ti el arpa de diez cuerdas:
para ti que das la victoria a los reyes,
y salvas a David, tu siervo, de la espada maligna. R/

Evangelio del día

Lectura del santo Evangelio según san Lucas 20, 27-40

En aquel tiempo, se acercaron algunos saduceos, los que dicen que no hay resurrección, y preguntaron a Jesús:

«Maestro, Moisés nos dejó escrito: “Si a uno se le muere su hermano, dejando mujer pero sin hijos, que tome la mujer como esposa y dé descendencia a su hermano». Pues bien, había siete hermanos; el primero se casó y murió sin hijos. El segundo y el tercero se casaron con ella, y así los siete, y murieron todos sin dejar hijos. Por último, también murió la mujer. Cuando llegue la resurrección, ¿de cuál de ellos será la mujer? Porque los siete la tuvieron como mujer».

Jesús les dijo:

«En este mundo los hombres se casan y las mujeres toman esposo, pero los que sean juzgados dignos de tomar parte en el mundo futuro y en la resurrección de entre los muertos no se casarán ni ellas serán dadas en matrimonio. Pues ya no pueden morir, ya que son como ángeles; y son hijos de Dios, porque son hijos de la resurrección.

Y que los muertos resucitan, lo indicó el mismo Moisés en el episodio de la zarza, cuando llama al Señor: “Dios de Abrahán, Dios de Isaac, Dios de Jacob”. No es Dios de muertos, sino de vivos: porque para él todos están vivos».

Intervinieron unos escribas:

«Bien dicho, Maestro».

Y ya no se atrevían a hacerle más preguntas.

Reflexión del Evangelio de hoy

“Al cabo de los tres días y medio, un aliento de vida mandado por Dios entró en ellos”

Este capítulo del Apocalipsis nos presenta a dos profetas que en una primera etapa están revestidos de gran poder: “el que intente hacerles daño, morirá sin remedio”. Pero en un segundo momento “la bestia los derrotará y los matará”. Aunque al cabo de tres días y medio “un aliento de vida mandado por Dios entró en ellos... y subieron al cielo en una nube, a la vista de sus enemigos”. La principal tarea de un profeta es proclamar la palabra de Dios. Muchos profetas del Antiguo Testamento esa palabra la dirigían a los del pueblo judío para recordarles que no habían sido fieles a la alianza sellada con Yahvé, al abandonarle e ir detrás de otros dioses. A muchos profetas, por cumplir su papel profético, les arrebataron la vida. El gran profeta de todos los tiempos es Jesús de Nazaret. Él es la Palabra de Dios. Vino hasta nosotros no para ser profeta de calamidades, sino de la sublime noticia del gran amor de Dios a toda la humanidad y para señalarnos el camino que lleva a la vida y a la esperanza de una vida de total felicidad después de nuestra muerte. Algunos no solo no le creyeron sino que lograron matarle. Pero Dios Padre le resucitó al tercer día. Desde entonces, millones y millones de hombres y mujeres le aclaman, le aclamamos, como nuestro Salvador, como nuestra Resurrección y nuestra Vida. Cristo sigue vivo y sigue viviendo en una multitud incontable de personas humanas.

“No es Dios de muertos, sino de vivos”

Este evangelio, aparte de la curiosa y tramposa pregunta de los saduceos, toca una verdad central en nuestro cristianismo. Si Cristo no hubiera resucitado no habría cristianismo, no habría seguidores de Cristo. Repitamos las palabras de un teólogo: “Si Jesús no hubiera resucitado... Si la muerte hubiera sido superior al mensajero del Reino, todo habría concluido. Jesús hubiera sido definitivamente olvidado; de su pretensión de ser el mensajero del reino de Dios no habría quedado más que un amargo sabor a utopía, ingenuidad o fracaso. El Nuevo Testamento no separa nunca el mensaje del Reino en que Jesús es el protagonista, la muerte en la que los hombres son protagonistas y la resurrección en la que el principal protagonista es Dios, como Dios fiel, Dios de vivos y Padre de Jesús”. Pero Cristo ha resucitado y nos ha conquistado la resurrección a una vida donde los anhelos más nobles de felicidad, de bondad, de amor, de belleza serán saciados... Dios, que es Dios y Dios de vivos y no de muertos, tiene poder para hacerlo realidad.



Fray Manuel Santos Sánchez O.P.
Convento de Santo Domingo (Oviedo)

Santa Cecilia

Santa y mártir, patrona de la música, los poetas y los ciegos

Cecilia es una de las siete mártires mencionadas en Canon romano, a quien está dedicada una basílica en el Trastévere de Roma desde el siglo V, que aún subsiste en el de hoy con varias reformas desde entonces. Su culto se difundió ampliamente a partir de la Passio (relato de su martirio), del siglo VI, en la que es exaltada como modelo de la virgen cristiana. Sólo más tarde, en el siglo XV, se le atribuye su papel de inspiradora y patrona de la música y del canto sacro.[...]

Si nos atenemos a la tardía Pasión, Cecilia, de la rica y noble familia de los Cecilio, acudía diariamente a la misa que celebraba el papa Urbano en las catacumbas de San Calixto de la vía Apia, acaso propiedad de dicha familia, que generosamente la había cedido para sepultura de los cristianos, y donde la esperaba una multitud de pobres, que conocían su generosidad.

Dada como esposa a Valeriano, Cecilia, en la noche de bodas, mientras sonaba un órgano, cantaba en su corazón «sólo para el Señor (he aquí el origen de su patronazgo de la música sacra). [...]

Avanzada la noche de bodas, la joven Cecilia le dijo a Valeriano: «Ninguna mano profana puede tocarme, porque un ángel me protege. Si me respetas, él te amará como me ama a mí». Al contrariado esposo no le quedó más remedio que aceptar el consejo de Cecilia, se hizo instruir en la fe cristiana y se hizo bautizar por el papa Urbano y así pudo compartir el ideal de pureza de su esposa, recibiendo en recompensa su misma gloriosa suerte: la palma del martirio en el que participó incluso un hermano de Valeriano, llamado Tiburcio, que desde su conversión se dedicaron a la piadosa labor de enterrar a los muertos cristianos. Pronto fueron arrestados, procesados y condenados a morir decapitados. [...]

El papa Pascual I (817-824) trasladó sus reliquias desde el cementerio de Calixto a la basílica de la que Cecilia era titular en el Trastévere, y en la que un mosaico recordaba su noche de bodas con Valerio.

El día **23 de Noviembre de 2014** no hay comentario en "el Evangelio del día". Puede encontrar el comentario de la liturgia de este día en la página de [Homilias](#).